

TAMERLAN

Por:
HERNANDO GAITAN L.

"El destino del hombre es sólo uno".

"La arena del desierto es ligera y la más leve ráfaga de viento la dispersa, mas la fortuna del hombre se desvanece con menos esfuerzo".

LAS VELEIDADES DE LA HISTORIA

Existe una región que una vez se llamó Transoxiana. En ese entonces era muy fértil: jardines de albaricoqueros, higueras y viñedos, bosques y moreras y abundantes praderas. La cruzaba una ruta comercial que llevaba desde el Asia Oriental a Cathay. El país era brumoso, alegre y hermoso. Un río, uno de los cuatro que nacen en el paraíso, se vertía torrentoso entre masas de piedra caliza. Abajo, ya remansado, se deslizaba por un amplio valle, sombreado por espesas selvas de moreras y viñas. El río se llamaba el Amu. Hacia el norte la tierra era conocida por "Ma-Var'n-N-Nahar", más allá del río. Canales conducían las aguas del río a campos de arroz, melones, cebada y presas de irrigación cuyas crujientes ruedas elevaban las aguas lentamente. Hacia el sur estaba Khorassan, la Tierra del Sol, donde hablaban el persa, usaban el turbante, cultivaban el suelo y convivían gentes de noble cuna con mendigos de la Vieja Asia. En el Turán, en el Norte, vivían los nómadas, que se cubrían con yelemos, y que pastaban ganados y caballos.

En las partes altas ramoneaban las ovejas, y en el valle se apiñaban los ganados en las praderas de pastos verdes y jugosos, próximos a las villas.

Todo esto y muchas cosas más fue lo que vio y consignó en su exquisito relato, hacia 1335, don Ruy González de Clavijo, embajador del rey de Castilla, por la gracia de Dios.

Antes, tal vez mucho antes de que la viera don Ruy González, venía siendo también campo fértil de lucha, entre persas sedentarios y refinados, que habitaban un mundo de ciudades y jardines, de alta cultura, de las ciencias, de la literatura maravillosa y de las artes, con los salvajes salteadores de las praderas. En oleadas incesantes de masas de caballería, se desencadenaban, cual río sucio y revuelto, de sus grandes estepas y pasaban como un alud sobre estas regiones de plácida belleza, como la refulgente Schiras, ciudad de las rosas y los perfumes.

Pero un día, de allí precisamente, se alzó como ardiente llamarada, la rebelión que expulsó por siempre y jamás el dominio de los Partos, que habían reinado desde hacía quinientos años. Cuando ellos se fueron, la vida recomenzó y otra vez volvió a correr, para deleite de la imaginación, a manera de cascada, el flujo de telas, perfumes y especias, piedras preciosas y todos los lujos de la civilización, que embriagarían de placer a los europeos, cuando los italianos reanudaron con sus naves el activo intercambio.

Parece como si el destino del Asia Central estuviera inexorablemente vinculado a su situación geográfica, y que por ese mismo determinismo sus vecinos habrían de pagar sus consecuencias. En efecto, rodeada por los reinos poderosos de los Yan, los IL-Kanes y la Horda Dorada, aquella sólo podía extenderse, desgastaba su exuberante vitalidad en continuas guerras nómadas, continuamente inquieta, imposibilitada para extenderse, sumida en continuas guerras intestinas, pues siempre que intentaba traspasar sus límites era rechazada con cuantiosas pérdidas.

Sin pecar de rotundos en nuestra apreciación, podemos afirmar, que los grandes conquistadores de la Región Central, fueron inevitable resultado de esta ubicación geográfica. No

se debe olvidar que estos "señores de la guerra", antes de proyectarse a la aventura, siempre arengaban a sus huestes, hablando del yugo secular de sus poderosos vecinos, y de la unión que estaban obligados a mantener entre sí.

Es de suponer que el mito del Ave Fénix, que resurge de sus propias cenizas, tiene mucho que ver con las ciudades del Asia Anterior, que cada vez que eran destruidas, resurgían más brillantes que nunca, una vez que el conquistador se retiraba. Hubo sin embargo regiones que no lograrían recuperarse nunca, como el Turquestán, del que un viajero contemporáneo hubo de decir: "En el Turquestán sólo se encuentran hoy ruinas, más o menos bien conservadas..."

El antiguo reino conocido como Tschagatai, poblado por turcos y mogoles, que se fundieron y hablaban una lengua mezclada, estaba formado por el Turquestán y la región que se extiende ante el Amu-Daria y el Sirdaria, que como ya consignamos, se llamó Transoxiana, que originariamente formaba parte de Choresm. Su vida fue, después del dominio mogólico, una continua sucesión de Khanes, como lo ordenaba el Yassa de Gengis Khan.

Al paso que en el Turquestán ellos siguieron enfrentándose unos a otros, en la culta Transoxiana, donde imperaba el Mahometanismo, los Khanes serían apenas juguetes en manos de los civilizados emires o príncipes turco-tártaros. Así, mientras los hombres de yelmo seguían aferrados al Yassa, los hombres de turbante eran fieles servidores de la ley del Korán. Habían heredado de los turcos su proverbial generosidad, rudeza y crueldad. La hospitalidad era su obligación, y los patios de sus casas siempre estaban colmados de viajeros, que disfrutaban de la carne de sus corderitos. Eran la aristocracia de la espada, el orgullo de una casta militar.

Esta sociedad, en la época que conoció Ruy González de Clavijo, mantenía una peculiar organización, que subsistiría por largo tiempo. Los campesinos iraníes vivían tranquilos entre sus zanjas y canales de irrigación; los hombres de la ciudad se sentaban en los banquillos del mercado; los nobles persas jugaban al ajedrez y departían escuchando a los lectores de El Korán.

Mientras que los nómadas seguían amando la caza y viviendo bajo sus tiendas de fieltro, los persas o iraníes, conscientes de su dignidad, disfrutaban de los placeres refinados y respetaban a los sabios y hombres de letras. Su conciencia se fortalecía con los cuatro pilares de la ley: "la oración, el ayuno, la peregrinación y la limosna".

En esta especie de placidez edénica, surgió un hombre singular, que conmovería el mundo y daría mucho que hablar a todos los que, en una u otra forma, se vieron involucrados, directa o indirectamente en la historia de su tiempo y en la que habría de venir. El, sin embargo, pese a haber sido un "señor de la guerra", difiere de Gengis Khan en un aspecto que contraría la afirmación hecha anteriormente. Su vida y sus actos fueron impulsados por una reacción contra las empresas invasoras de los mogoles o tal vez, como una resultante natural de verse obligado a repeler, su constante batallar por el poder del más fuerte. Pero, una vez que consiguió este propósito, su temperamento le hizo concebir la ambición de conquistar el mundo, emulando precisamente a Gengis Khan.

Este hombre, llamado Timur, a quien los turcos apellidarían Aksak-Timur (Timur el Cojo), y los persas Timur-i-Lenk (Tamerlán), o sea Timur el paralítico, porque de resultas de una herida cojearía por el resto de su vida, influyó seguramente para que el ciego Milton, haciendo honor a la leyenda, envolviera a este hombre singular, arrancando de ella los sombríos colores, en el manto de magnificencia de su Satán. Y al gran despliegue de la fantasía de los poetas que ensalzaron esa magnificencia y esplendor, los historiadores, impotentes para cambiar su esencia, cautelosamente han tendido una especie de bruma de silencio. Su personalidad ha sido tan difícil de catalogar, como la del tuerto Baibars, a quien los cuentistas del Cairo eternizaron bajo el nombre de uno de sus maravillosos sultanes.

El nombre de Tamerlán llegaría tan alto en la conciencia de las gentes de su época, que en vez de referirse a él, le apellidaban el "Príncipe", el "Señor", el "Emir Kebir" (Gran Emir). No formaba él parte de dinastía alguna, pero fundó una. Levantó un trono para sí, pero vivió la mayor parte de su vida sobre la silla de un caballo.

Nuevamente debemos referirnos al embajador González de Clavijo, que en sus propias palabras, después de conocerlo, rindió testimonio sobre esta extraña personalidad, que parece ya ligada por sus sentimientos y manifestaciones al Renacimiento del Mundo Occidental: "Tamerlán, señor de Samarkanda, habiendo conquistado toda la tierra de los mogoles y la India; habiendo conquistado también la "Tierra del Sol", que es un gran feudo; y habiendo conquistado y reducido a la obediencia la tierra Khoresm, toda la Persia y la Media, con el Imperio de Tabriz, y la ciudad del Sultán; habiendo conquistado también la tierra de la Seda, con la tierra de las Puertas; y habiendo también conquistado la Armenia y Lass y Erzerum y la tierra de los Kurdos; habiendo vencido en batalla al Señor de la India y habiéndose apoderado de una gran parte de su territorio; y habiendo también destruido la ciudad de Damasco y reducido a la obediencia a las ciudades de Atepo, Babilonia y Bagdad; y habiéndose de muchas conquistas, se volvió contra el turco Bayazid (que es uno de los más poderosos señores del mundo) y combatió con él derrotándolo y haciéndolo prisionero".

ENSUEÑO Y REALIDAD

En Schecheric (Ciudad Verde), allá en Transoxiana, al sur de Samarkanda, cuyos muros se revisten de verdor cada primavera, y los valles y praderas, bañados por suaves ríos, se cubren de sustanciosa hierba y de abundantes flores, se hallaba asentada la tribu de los Barlas, regida por su jefe Taragai, devoto musulmán, amigo de los mulas y scheicks.

Como las demás tribus del reino, no poseían sino lo que podían sustraer de la codicia de los mogoles que moraban al otro lado del Amu Daria, línea divisoria entre el Irán, su patria, y el Turán de los nómadas esteparios.

Arraigadas convicciones que les venían desde muy atrás, constituían parte de esa especie de filosofía en que se basaba su destino, tutelado por ese algo fundamental que era para ellos la guerra. Pensaban que había cinco cosas, que nadie, excepto Alá, puede saber: el sexo del niño en el seno materno; cuándo ha de llover; lo que ocurrirá al día siguiente, y la

hora y el sitio en que ha de morir. ¿Quién puede librarse de su inexorable destino? ¿Quién puede evadir las flechas de Alá?

Cierta noche, Taragai tuvo un sueño y pidió a un venerable Scheick que se lo interpretara: "Había soñado que un hermoso joven, de rostro arábigo le tendía una espada. Cogiendo él esta espada, la lanzó al aire y los reflejos de la hoja de acero iluminaron todo el mundo". "El Scheick le auguró que tendría un hijo que, con la fuerza de su espada, conquistaría el mundo entero, convertiría a todos los hombres al islamismo y libraría a la tierra de tinieblas e innovaciones".

Cuando el hijo llegó, como todo buen devoto, lo llevó ante el Scheick, que en esos momentos leía el Korán y se detuvo al verlo en la palabra "Tumurru", agitación. Entonces resolvieron llamar al muchacho, Timur, el férreo.

La historia y la leyenda coinciden en que todos los actos y sucesos de la vida de Timur se hallan siempre bajo el influjo de la religión. Cuando apenas contaba nueve años su juego favorito era la guerra. A los doce sentía vergüenza de los juegos infantiles. Aprendió a jugar el ajedrez y a él dedicaba días enteros. A los quince se entusiasmó por la caza y se convirtió en excelente jinete. Fue siempre el mejor batallador, el cazador más hábil, el jefe insustituible. A los veinte años "se había convertido en un mozo fuerte muy bien dotado físicamente, de amplios hombros y músculos poderosos y muy grandes. De cabeza también grande y bien formada; frente alta y ojos negros que se movían lentos y miraban directamente. Tenía los carrillos amplios y la boca grande y sensitiva de su raza, evidencias de su gran virilidad. Puede decirse que su energía era poco menos que salvaje; nunca fue amigo de bromas y chistes".

Su matrimonio, como era la usanza, fue acordado y decidido por otros. Cuenta la crónica que su prometida era de una belleza comparable a la de la luna nueva, y su cuerpo gracioso y ondulado como el de un ciprés joven. Al casarse con Timur debía llamarse Aljai Khatum Agha, la señora de Aljai. Para reunirse con él viajó desde su hogar en la frontera norte, escoltada por sus parientes y esclavos. Cuando se presentó al jefe supremo del Clan Barlas, quien quiso presenciar el ma-

trimonio, este le dijo: "Tu destino está escrito en tu frente y no puedes alterarlo tu". Conforme a la etiqueta tártara, una vez que los nombres de los testigos fueron escritos al pie del Acta, según lo ordenaba el Korán, "procedió a bañarse en agua de rosas y sus trenzas negrísimas fueron impregnadas en aceite de sésamo y después en leche caliente, hasta que brillaron suaves como la seda; fue ataviada con un vestido color granada, bordado en flores de oro. El manto que fue echado sobre sus hombros estaba cuajado de adornos de plata y había sido bordado por las manos de sus doncellas. Sobre sus hermosos hombros caía la masa negrísima de sus cabellos. Dos hermosos pendientes de jade negro y una boinita blanca graciosamente colocada sobre su cabeza, coronada de flores de seda y plumas de garza de nivea blancura, contrastaban deliciosamente con el negro azabache de su cabellera.

Cuando los tambores forrados de bronce comenzaron a batir estruendosamente, Zain-ad-Din, gritó dirigiéndose a los novios: "La paz del Señor, sea con vosotros".

"Luego llegaron los regalos magníficos. Guerreros, sobre ricas alfombras, bajo la sombra tachonada por los rayos del sol que se filtraba a través del espeso ramaje de sauces y robles, ponían una nota bizarra a este cuadro de ensoñación. Se dio entrada a los cuentistas; después las guitarras empezaron a sonar y se escucharon voces melodiosas..."

Cuando la intrusa, la deshacedora de todos los bienes, arrebató a la dulce Aljai, una vez que se cumplió su destino, "en la hora y en el sitio fijados", Timur volvió a casarse; pero, mientras ella vivió, ninguna mujer compartió con ella el amor de Timur.

Después de su boda, el Emir, que debía vivir peligrosamente, continuó su ininterrumpida jornada de luchas y de triunfos sobre sus adversarios. En un entreacto de las guerras libradas en el corazón del Asia, los mogoles penetraron a saquear a Samarkanda y a llevarse consigo como rehenes a las mujeres y a los hombres útiles para el trabajo o venta en los mercados de esclavos. Ante la imposibilidad de hacerle frente al invasor, Timur y su esposa, acompañados de un centenar de guerreros, se internaron a través de las Arenas Rojas en busca de Hussein, su cuñado, quien se les unió por fin con un grupo

de cuarenta jinetes. De este momento en adelante sus vidas atraviesan por una serie de aventuras que aumentarían la fama y el prestigio de estos dos hombres, a quienes el futuro se encargaría de separar y convertir en enemigos irreconciliables. Timur terminó por vencer, y los cronistas e historiadores fueron reuniendo uno a uno sus grandes hechos de armas, como quien va armando, página a página, el más emocionante libro de aventuras, sólo concebido por la mente caprichosa de ciertos maestros de la literatura apasionante del suspenso.

Una vez que terminó por vencer definitivamente, y por todo el tiempo que ejercería el poder sobre el Asia, a los Khanes Chatagai y a los restos de los II-Khanes que conquistó Gengis Khan, se trasladó a Samarkanda, a donde le llamaba e impulsaba su eterna inclinación por las obras de arte y por las más puras expresiones de la arquitectura oriental.

Pero antes de partir, movido por el recuerdo encantador de sus primeros años, cuando solía sumergirse en el mundo de la imaginación y de la fantasía, resolvió adornar la Ciudad Verde, el lugar más bello de "Más allá del Río". Sobre la tumba de su padre hizo levantar un mausoleo con cúpula dorada; ordenó demoler el viejo palacio blanco en que la belleza de Aljai le había hecho las horas hermosas. Allí hizo erigir un edificio más grande con amplios corredores y elevado arco de entrada, que con el tiempo se llamaría el "Palacio Blanco". Allí gustaba pasar el verano, cuando lograba descansar de la guerra, frente a las praderas de su valle, doradas por los rayos del sol, y viendo brillar en la lejanía el pico nevado de la "Majestad de Salomón" a través de la niebla.

Cuando volvió a ver Samarkanda, donde hacía ciento cincuenta años había instalado sus tiendas Gengis Khan y de la que Ibn Batuta consignó, con el gusto refinado del viajero sempiterno, que ella era una de las ciudades más grandes, bellas y magnificentes, que realzaba sus nobles proporciones, enclavada sobre el banco del río de los Alfareros, donde los molinos de agua y canales de riego, iluminaban la paz de sus jardines y huertos, no pudo menos de contemplar con nostalgia sus semiderruidas mansiones, que guardaban como mudos testigos el recuerdo de Alejandro el Grande. Allí se deleitó observando los huertos y bosquecillos de moras aca-

riciados por los suaves rayos del sol y refrescados por los vientos del norte; pudo apreciar a sus anchas, cómo las gentes que paseaban al caer de la tarde, después de la oración, parecían sumergidas en un mundo de tranquilidad y placidez, donde balcones, lugares de descanso y puestos de frutas, hablaban de paz y de armonía, olvidados de la guerra y del terrible juego de las armas.

Desde el amanecer se elevaba, con suave monotonía, el diapason de los telares que fabricaban las delicadas telas de color rojo tan apreciadas en Europa, y el clin clin de los relojes de agua. También era sedante y agradable escuchar la charla del astrólogo instalado con su instrumental bajo un arco, o deleitarse con el baile acompasado de un cabrito amaestrado. Y por lo que hacía de sus ruinosos palacios, las gentes del pueblo se consolaban diciendo "que lo que Dios ha hecho, bien hecho está".

También se fabricaba allí el papel más fino y delicado, y por sus anchas puertas desfilaba incesantemente el tráfico de mercancías destinado a complacer a los grandes de los países de Europa y de las restantes ciudades del Asia.

Prendado Timur de tanta belleza, poblada de recuerdos y de grandeza ya extinta, decidió no sólo devolverle el pasado esplendor, sino convertirla en la más preciada perla de oriente. Hizo erigir murallas, echar por tierra las derruidas moradas, sentar los fundamentos de una ciudadela, construir una red de vías de acceso, bordear jardines. Y para que todo adquiriera los tonos y matices adecuados, hizo traer grandes piedras de granito gris de las distantes "montañas azules". Llegaron luego artistas y artesanos procedentes de Urján y de Herat, que, cual pacientes hormigas, idearon y edificaron las nuevas residencias que les dictó la omnipotente voluntad del Emir.

Poco a poco la nueva ciudad se fue revistiendo de azul, el color preferido de los tártaros, pues así eran el firmamento infinito, las aguas profundas y las elevadas mesetas. Los nuevos edificios que emergieron, resplandecían con fachadas de turqueza, empotradas en oro, con hermosas inscripciones en letras blancas. Los embajadores que transitaban de un lugar a otro por las anchas avenidas, llamaron a Samarkanda "Kok-Kand", "la ciudad azul".

“Todo era maravilloso, pondera la crónica; no había lugar para la melancolía en ninguna parte”.

LAS GRANDES EMPRESAS

Llevado de ese impulso que le hacía marchar en busca de una nueva conquista, pero siempre en pos de la guerra, abandonó Samarkanda como tantas veces, para enfrentarse a los mogoles de la Horda Dorada, que le habían promovido contienda, dejando las estepas de Rusia y aproximándose peligrosamente hacia las tierras del Islam.

Otros grandes conductores, amos de la guerra, encontraron allí su ruina como devorados por la nieve mortal, que en los largos inviernos se extiende sobre estas interminables llanuras. La decisión de Timur pareció en principio una invitación al desastre. Marchaba contra el Khan Toktamish, que disponía de un ejército tan poderoso como el suyo, y quien, como la vieja zorra, al anuncio de su llegada, se esfumó en las estepas con la misma prisa que había llegado a los alrededores de Samarkanda, en su atrevida empresa de disputar sus posesiones al Emir. Con su astucia habitual había aprovechado el momento en que éste develaba un conato de insurrección de los IL-Khanes.

En busca de la Horda, guiándose apenas por su instinto, Timur, condujo a sus guerreros a través de desiertos y estepas, ascendiendo y bajando escarpadas y áridas colinas del Sur de Rusia. Presintió que si marchaba hacia el oeste, bordeando el Caspio, llegaría a las ciudades de la Horda de Oro, pero era casi seguro que cuando él llegara al Cáucaso, Toktamish se volvería contra Samarkanda. Sin rumbo fijo, ignoraba si los mogoles lo atacarían a la orilla de los desiertos de la frontera o un poco más allá, a orillas del Mar Negro, o aun cerca del Báltico o bajo el ardiente sol del Desierto del Gobi. Ante esta disyuntiva no cabía otra solución que adoptar firmemente una decisión. Mientras tanto, se agotaron sus provisiones y con natural desconcierto echó de ver que sus servicios de información habían fallado lastimosamente. Por ninguna dirección se obtenía noticia del paradero del adversario, que en definitiva, según lo comprobarían los hechos posteriores, adoptaría una decisión inesperada.

Aquí fue donde el Emir, no dejándose guiar por sus impulsos, sino conforme a sus conocimientos de la naturaleza humana, sopesó fríamente la fuerza y debilidad de los mogoles de Toktamish. No dudó por un instante que jamás ganaría la guerra en una maniobra defensiva, pues conocía la capacidad operativa de los descendientes de Gengis Khan y del gran poder decisorio de su magnífica caballería. Con la misma penetración y velocidad que haría a Napoleón el gran estratega de la historia, decidió arriesgarlo todo, llevando la lucha a un punto final en el mismo terreno del enemigo y donde este menos lo esperaba.

Este Gran Emir de Tatory, siguió siempre tres reglas bien definidas: "Nunca mezclar a su propio país en una contienda evitar siempre estar a la defensiva; atacar siempre con toda la rapidez que se lo permitieran sus caballos". "Es mejor, diez hombres, que lejos de allí con diez mil". Y agregó algo más: "Es bueno marchar de prisa y sorprender al enemigo antes de que tenga tiempo de organizarse. Ningún ejército puede ser más grande de lo que conviene a sus recursos de sostenimiento".

Marcharon sobre territorio conocido hasta llegar a las tierras fangosas de Syr. Luego, de ciudad en ciudad, atravesaron lentamente el Kara-Tagh. Allí, diluvios de nieve y lluvia los detuvieron. Inesperadamente se presentaron al campamento algunos enviados de Toktamish para entregar a Timur nueve espléndidos caballos y un halcón con anilla enjoyada. Le transmitieron que el jefe mogol admitía ser deudor de grandes favores y de haber roto injustamente la paz. Con el halcón en la mano, el caudillo tártaro procedió a hacer un recuento de las agresiones inferidas a su dignidad y de la perfidia del Khan. Por último, tajantemente, en forma que no admitía duda, dijo a los enviados, que para pactar una paz duradera, debía venir a su presencia Alí Bey, para negociar con él, como Primer Ministro de la Horda.

Como pasado un tiempo, éste no concurrió al encuentro, Timur decidió emprender el avance final contra el enemigo. Las mujeres de la familia real fueron enviadas con sus hijos de vuelta a Samarkanda, con los Emires y oficiales encargados de proteger el reino. A continuación movilizó su campamento. Los ojeadores, rastreando al fantasmal enemigo, guía-

ron durante tres semanas al ejército tártaro sobre las dunas, frías todavía por el reciente invierno. Muy al amanecer, las largas trompetas Kourroum tocaron la diana; las divisiones ensillaron y montaron; las tiendas fueron conducidas en pesados carros más altos que la cabeza de un hombre; los camellos se deslizaron gruñendo, bajo el peso de su carga; en carretas, bien embalados, iban los equipos de las escuadras, a razón de diez hombres por tienda: dos zapas, un zapapico, una sierra, un hacha, un carrete de cuerda gruesa, una cacerola y una piel de oso; harina, cebada, fruta seca y otras menudencias, constituían la alimentación.

Al penetrar en las Arenas Blancas se implantó el racionamiento y cada hombre fue limitado a siete kilos de harina por mes; también se le asignó un caballo de repuesto. Iban equipados con las armas reglamentarias: corazas de cota de malla, yelmos, rodelas y dos arcos, uno para larga distancia y otro de tiro rápido, con una dotación de treinta flechas; una cimitarra o espada de dos filos, pequeños cuchillos o navajas, según la preferencia. La mayoría de los regimientos disponía de largas lanzas, colgadas al hombro y pesadas jabalinas.

Como era imprudente dividir las divisiones, las divisiones marchaban en formación compacta. Sus comandantes proseguían a cierta distancia del Emir. Con todo, no había lugar a confusión aún en la oscuridad. Cabalgaban holgadamente, en posición aproximada de batalla, para permitir a los caballos aprovechar cualquier brizna de hierba. Cuando sonaban las trompetas se detenían para darles descanso a los caballos, pues muchos de ellos se estaban muriendo por falta de agua.

Más tarde, ya al entrar la noche del primer día de jornada, tuvo lugar un acto inesperado: el estandarte empenachado del Emir, coronado por media luna de oro, fue colocado frente a su pabellón, y a su alrededor se levantaron sus tiendas (palacios de fieltro blanco). El caudillo, el magnífico señor de Samarkanda, reunió a sus jefes de División, montó sobre su caballo y cabalgó hasta el estandarte central, seguido por los trompeteros, con la banda de flautas, caramillos y cuernos, que cortaron el silencio con sus vibrantes notas. Los caballos alzaron sus remos y esparcieron sus crines al viento.

Luego sonaron los címbalos y un grupo de trovadores, con los ojos cerrados, entonaron cánticos que incitaban y despertaban el ánimo para la guerra.

Cabalgando sobre las Arenas Negras, con las cabezas crespas sobresaliendo por sobre las crines de sus cabalgaduras, los Emires se dirigieron hacia el estandarte central. Los aceros brillaban bajo las capas carmesí y las pieles de cebellina. Su agudo canto contrastaba con las sordas pisadas de las bestias cuando pasaron frente al señor del Islam.

Con el rozar de las riendas recubiertas de plata, un grito profundo arrancado del fondo de mil gargantas, saludó con un ¡Hurra! poderoso al Emir.

Cuando desfiló ante su presencia el último guerrero, su rostro afilado se iluminó con una chispa de orgullo ante tanto esplendor y magnificencia. Luego desmontó y fue a cenar en compañía de sus hombres. Como siempre, a pesar del desierto, llevaba sus ricas vestiduras de seda y los más finos brocados.

Al alejarse con sus oficiales, cerca a las fogatas aparecieron, alumbrados por linternas, los supervisores de la marcha a informar sobre las zonas exploradas, las condiciones de la caballada y el número de enfermos.

Al día siguiente reemprendieron la marcha, y al cabo de tres semanas llegaron a un lugar irregular poblado de pastos y cañadas. Habían avanzado velozmente en su recorrido, a tal punto, que un guerrero que cayó de su caballo, fue obligado, con los zapatos colgados al cuello y llenos de arena, a proseguir la marcha. Si volvía a flaquear debería morir.

Continuaron siempre adelante hasta llegar a un banco de un río, donde acamparon para dar descanso a sus animales. Luego, por divisiones, vadearon la corriente, que a partir de entonces se llamó "Sarai-Sur", (Agua Amarilla).

Desde una altura montañosa que se alzaba sobre la gran extensión de las praderas, los tártaros otearon en todas direcciones tras las huellas de la Horda Dorada, más allá de la sombra púrpura, ya en la línea del horizonte. Pudieron apreciar algunas huellas y estiércol de caballos. Hasta el momento

dice la crónica no habían visto un solo ser humano. En cambio, el pasto teñido por el azul suave de grandes franjas de flores silvestres se poblaba de perdices que buscaban el refugio de los trigales; las aves de rapiña describían círculos sobre las cabezas, avizorando huesos humanos desenterrados por la tormenta invernal y presintiendo futura carroña.

Como escaseaban los alimentos, los hombres comenzaron a dar manifestaciones de hambre, al par que los caballos disfrutaban de los ricos pastisales. A una orden del Emir, los "tavechis" corrieron por todo el campamento la voz de formar el círculo de caza. Cien mil hombres se extendieron en una línea de treinta millas de largo. Mientras el centro permanecía estacionario, los extremos de la línea galoparon en semicírculo para encerrar a cuanto cuadrúpedo se hallaba en el coto elegido; a continuación, otros regimientos se movieron alrededor de las alas para cerrar la tenaza. El círculo mortal se fue cerrando para que ni siquiera una liebre pudiera buscar la salvación en la huída.

Una vez que las bestias se vieron acorraladas, se desató un enloquecido tumulto de venados, lobos pardos, osos, ciervos y antílopes, como en un certamen de velocidad.

El Emir, como era de ritual, inició la cacería, lanzando sus flechas contra algunos antílopes, con la maestría que le permitía tirar de la cuerda del arco hasta por detrás de su oreja.

El festín fue abundante y variado y se prolongó hasta el amanecer, en medio de la cordialidad que reinaba entre oficiales y soldados.

Los "tavechis", cuando ya se disiparon las sombras, fueron ordenando de un lugar a otro, que se reunieran las divisiones para pasar revista. El Emir apareció con su gorro de armiño blanco cuajado de rubíes, el cetro de marfil terminado en una cabeza de oso hecha de oro, en la mano, y tras él, su séquito real.

Los jefes de las divisiones desmontaron y se inclinaron a besar su estribo. Mientras esta ceremonia se cumplía, Timur pasó sus ojos sobre las inmóviles filas de guerreros. Examinó

los oscuros rostros que le eran tan familiares: los bronceados hombres de Barlas; los esbeltos turcos de Selduz; los gallardos jalairs y los salvajes montañeses de Badakshan.

Al terminarse la inspección, los grandes tambores del pabellón principal dejaron oír su redoble, que fue respondido por los dobles de los tambores del campamento. A su incitación, las divisiones de caballería se separaron por regimientos, en formación de batalla. Sus comandantes galoparon en busca de sus puestos, y de una ala a otra, muchas millas a lo largo, estalló el grito estridente de ¡Hurra!

A una sola voz se pusieron en marcha y muy en breve se hallaron en la "Tierra de las Sombras". Allí observaron un mundo opaco y neblinoso, donde racimos de álamos se deslizaban sobre los ríos; a ras del suelo musgos y pantanos traicioneros; enredaderas de tallos rojos agarradas a rocas grisáceas. Era un lugar de sombrío silencio y de medrosa quietud, no interrumpida siquiera por el canto de algún pájaro. Con paciente expectativa reposaban los halcones sobre las copas desnudas de los árboles. A trechos, pequeños montículos revelaban la presencia de tumbas de hombres ignorados que hallaron la muerte en estas regiones olvidadas. Ibn Batuta, en su deambular por el mundo, consignó que allí los días eran largos en verano y las noches largas en invierno. Nadie ve a los habitantes, que como sombras se mueven pausadamente para recoger las mercancías que audaces comerciantes depositan en algunos lugares, a cambio de los metales y las pieles que ellos han dejado en su mudo intercambio.

Los viajeros que lograron cruzar este extraño mundo, procedentes de Grecia y Arabia, consignaron que esta era la tierra de los cimerios, el país de los hiperbóreos, los hombres del Norte, donde acaba la tierra.

Sus tempranos amaneceres en que reinan el gris y la humedad y no se percibe la existencia humana, les pareció a los tártaros, habituados a las regiones arcillosas y estériles, de ojos de agua y ciudades a las orillas de los ríos, el fin de la vida y el imperio de las sombras.

Bajo el influjo de esta extraña quietud, recelando cualquier sorpresa, el Emir encomendó a su hijo Omar Shaikh,

que al frente de 20.000 hombres se desplazara en busca de la inasible y fantasmal horda mogólica. A su orden, los veinte mil, por entre la niebla, se sumergieron en la distancia. Algunos días más tarde sus emisarios le anunciaron la presencia de un gran río y de fogatas a medio apagar cerca de sus orillas.

Ya en la época moderna, otras expediciones que se aventuraron hasta el, fijaron en 55 grados la latitud esta posición y la presencia de un río que llamaron Tobol, que nace en el Ural.

La sangre ardiente de los tártaros les auguró que muy pronto entrarían en combate. Nuevos emisarios advirtieron que el enemigo se hallaba próximo a su ejército de avanzada. Todos estaban seguros de que ojos ocultos habían seguido su marcha y que el Khan Toktamish estaba bien informado de sus movimientos.

Ante la imposibilidad de desligarse, la horda debió prepararse para el inevitable encuentro. A su turno, los tártaros comenzaron sus maniobras de guerra, sabiendo que ante un enemigo que los doblaba en número, se jugaban una carta mortal. Sin encender fogatas avanzaron por varios días a través de los pantanos, rumbo a los valles bajos de los Urales. Llegaron luego a las dilatadas praderas rusas, y los jinetes ante la proximidad del enemigo rompieron en frenético alboroto y cabalgaron cantando. A corta distancia, los mogoles que buscaban campo propicio para maniobrar la caballería, se iban internando más en la región de las sombras, a través de abedules y oscuras siemprevivas, hasta alcanzar las húmedas tundras.

De pronto el tiempo cambió repentinamente. Los tártaros, agotados por el hambre y las penalidades, habían visto desaparecer algunos de sus mejores jefes, pero su confianza en el Emir los impulsaba siempre adelante. Bajo la lluvia y la nieve, debieron permanecer seis días bajo sus tiendas. Ante la presencia de su jefe, que fue el primero en abandonar la suya, el ejército pareció galvanizado y dispuesto a librar la batalla decisiva. La avanzada de los veinte mil había alcanzado por fin a la Horda Dorada, que lo esperaba para entrar en combate.

Los tártaros contemplaron por fin los estandartes enemigos, las manadas de bestias en masa, las tiendas y el mismo enemigo, repartido en divisiones. Para sorpresa del adversario, Timur dio a su gente la orden de desmontar, levantar las tiendas y preparar todos los alimentos que quedaban, para servir una buena comida. En ese preciso momento habían terminado su marcha de dieciocho semanas y 1.800 kilómetros.

Los guerreros de Toktamish se quedaron atónitos al presenciar cómo los tártaros acampaban frente a ellos, con la misma indiferencia que si la tundra les perteneciese por entero. En realidad lo que el Emir perseguía era dar descanso a los caballos y fortalecer los hombres. En esta actitud permanecieron, sin encender luces al oscurecer ni durante la noche. Sus avanzadas, atentas, observaban a los mogoles.

Al amanecer, el ejército tártaro se hallaba repartido en siete divisiones. En el ala izquierda se encontraban las avanzadas y cuerpos principales, al igual que al centro. A retaguardia el Emir se mantenía alejado con los regimientos de la guardia y veteranos escogidos. En el ala derecha, comandada por su joven hijo Miram Sha, estaban formados los Emires distinguidos, jefes de la caballería pesada; los acompañaban los "Berserks" (los hermanos buscadores de los muertos), Shaikh Ali Bahatur y el resto de los "Tulo-Bahatur", los valientes saicidas (guerreros heroicos).

Este flanco debió iniciar el ataque al comenzar el encuentro. El veterano Saif-ad-Din se destacó de la agrupación al frente de cinco mil jinetes, al grito de "adelante y maten".

A su frente, los mogoles se extendían en semicírculo, sobrepasando los flancos tártaros. Su extrema izquierda avanzó al encuentro de Saif-ad-Din. "Ni el toque de las trompetas de dos metros de largo ni el redoble de los tambores lograba penetrar la inmensa muchedumbre de la Horda, que se extendía a dos millas de distancia, de un flanco a otro. Salvo en donde el Emir mandaba personalmente, la dirección estaba confiada a los Emires jefes de división.

Nuevos cuerpos de jinetes cargaron en apoyo de Saif-ad-Din. El flanco derecho tártaro avanzó bajo una lluvia de flechas. Ante el empuje arrollador de la caballería pesada se que-

bró el centro mogol, en momentos en que Timur ordenó a su propio centro avanzar en apoyo de los cuerpos que habían iniciado la carga.

Los cronistas no son precisos sobre lo que ocurrió en el centro, pero sí, en que todo aquello fue una espantosa carnicería de hombres y caballos; un torbellino de golpes y maldiciones; una mezcla de voces humanas, chocar de aceros y relincho de bestias. Los heridos se aferraban a sus monturas y los moribundos sostenían aún sus armas.

En el ala izquierda, los tártaros, superados en número, vacilaron y comenzaron a retroceder; el clan de Selduz fue desorganizado y deshecho; Omar Shaikh continuó defendiendo su estandarte. Para agravar aún más la situación, Toktamish acudió y penetró hasta la retaguardia del centro tártaro.

Fue entonces cuando intervino totalmente el Emir, interceptando con su hueste el centro quebrado y el avance contrario. Este repentino ataque, sorpresivo y violento, penetró con impulso arrollador en las filas mogoles, precedido por el gran estandarte tártaro, rodeado por los penachos de cerda sobre los brillantes yelmos de la guardia del Emir.

Toktamish comprendió que el fin se acercaba. Con los nobles que aún le acompañaban dio media vuelta y abriéndose paso a sablazos, se dirigió velozmente al oeste, sin preocuparle el destino de sus hombres. Cuando cayó el estandarte mogol, sus guerreros, presos del pánico, fueron aniquilados en su mayor parte. La crónica consigna que más de cien mil hombres de la Horda perecieron bajo el acero tártaro. Los sobrevivientes, perseguidos hasta los pantanos del Volga, se ahogaron en busca de salvación o fueron hechos prisioneros por los tártaros.

Comentaristas militares han resaltado la genial maniobra que desplegó Timur en esta terrible batalla: "Como de costumbre su veterana caballería ocupaba el ala derecha. Maniobraba por divisiones y su consigna era aniquilar la izquierda de su oponente. Su comandante se mantuvo a la retaguardia a la cabeza de fuertes reservas. Sus oficiales más capaces conforme a su organización por divisiones, estaban siempre en sus líneas ocupando el puesto de mando. Todo estuvo muy

bien orquestado para aplastar su contrario. Su flanco izquierdo estuvo siempre bien protegido, pese al repliegue forzoso que debió emprender”.

Después del feroz encuentro, los tártaros marcharon des-cansadamente. Nuevamente formaron una línea de caza, pero esta vez fue para entregarse al saqueo sistemático de un lado y otro del Volga. Levantaron las cosechas de trigo maduro de los campos circunvecinos. Se apoderaron de las muchachas más bonitas y se llevaron consigo a los hombres capaces. Encontraron riquezas que los maravillaron: barras de oro y plata; pieles de armiño blanco y cebellinas negras. Cada guerrero arreaba una mula cargada de pieles de lobo, de zorra plateada y de vero, y gran número de potros sin herrar.

En las bajas estepas se congregaron por fin e iniciaron una semana de fiestas, en aquel lugar encantador donde el pasto se irisaba acariciado por el viento y se escuchaba el suave deslizarse de las corrientes de agua. La niebla era cosa del pasado y en las noches la luz de la luna plateaba las hojas, mientras que las nubes pasaban sobre el verde mar de las praderas. Incesantemente se escuchaba el zumbido de los insectos, el aletear de las bandadas de pájaros que cruzaban, y se respiraba la suave fragancia de la tierra. Timur, con su alma de tártaro, sabía apreciar debidamente este mundo de belleza sin igual, en el que todo tenía un sabor de frescura. Solía sentarse en compañía de los Emires, bajo el soberbio pabellón que había pertenecido al vencido Toktamish, adornado con colgaduras de seda y sostenido por estacas de oro. Las doncellas de servicio rociaban los tapices de seda con agua de rosas. Los guerreros, cómodamente instalados, comían carnes de las más distintas especies y alzaban con frecuencia sus copas espumeantes de leche de yegua.

Por orden de Timur, los cantores, al sonido de las guitarras, cantaban las hazañas de los tártaros. Algunas veces la música cambiaba, suavizándose, y sólo se dejaba oír el rasgar de las balalaikas y el dulce gemido de las flautas. En vasijas de oro circulaban el vino, la agua miel y muchos otros licores, por las manos de las mujeres cautivas, escogidas por la belleza de los rostros y el encanto de sus cuerpos. Discurrían desnudas entre los convidados, con el negro pelo suelto sobre

los hombros. Cuando ya los guerreros, vencidos por el alcohol, perdían el dominio de su voluntad, estrechaban entre sus brazos a estas criaturas, conseguidas con los aceros de sus espadas.

Y cuando ya todo terminó, emprendieron el regreso a Samarkanda. Los príncipes rusos que se aprestaban a la defensa, arrodillados ante sus iconos, gritaban ¡“Madre de Dios. Salvad a Rusia!”

A estas invocaciones atribuyeron su salvación, cuando Timur, ansioso por regresar, ordenó el retiro de las fuerzas del Don y el paso a través de un camino que los llevaría por el Cáucaso.

Apoyado por los Kipchaks y los Karulk, hombres del desierto y habitantes de las nieves, el ejército marchó por entre las gargantas y selvas montañosas que habían constituido para otros una barrera inexpugnable. La red de trepadoras y de helechos era tan densa, que el viento no la penetraba y debieron abrirse paso a tajos de espada.

Takrit, una fortaleza, en apariencia irreductible hasta entonces, obligó a los ingenieros militares a desarrollar todo su ingenio para construir máquinas de asedio. Por muchos días los grandes tambores convocaron al ataque, pero fueron rechazados los escuadrones de asalto con graves pérdidas. Sólo a costa de terribles esfuerzos los tártaros lograron penetrar. Una vez que lo hicieron, se desencadenó la más monstruosa carnicería. Las cabezas de los infortunados defensores sirvieron para erigir dos pirámides, en cuya formación se empleó una mezcla preparada con barro. Sobre la base de estos dos macabros monumentos se gravó esta inscripción: “Contemplad la suerte de los hombres sin ley, agentes del diablo”. Mas bien habría podido consignarse: “He aquí la suerte de quienes se han opuesto a la voluntad de Timur”.

Al llegar a Samarkanda le dieron la noticia de que había muerto su segundo hijo, el heroico Omar Schaikh. Cuando se enteró de la fatal nueva, exclamó: “Dios que da, ha tomado”.

Como los años y la desaparición de los seres que le eran más afectos, no mellaban su recio espíritu, pasado un tiempo,

comenzó a madurar los proyectos de una nueva expedición por tierras no conquistadas. Tenía su mente puesta en el norte, en la India y en otras ciudades, de grandeza corrompida y en ruinas. En los tronos de mármol, de reyes desaparecidos que habían sido grandes pilares del islamismo, sentábanse ahora astutos príncipes amantes del vino. Peregrinos desnudos se-cábanse al sol; derviches callejeros amantes del dinero, que colectaban en escudillas; grandes señores montados en mulas bajo doseles sostenidos por esclavos.

Toda esta evocación de un mundo de licencia, decadente y viviendo del recuerdo de tiempos de grandeza, pasaba por la imaginación del poderoso emir, vencedor de todos cuantos osaron desafiar el poder de sus armas.

Los persas, amantes del placer, rendían homenaje a la olvidada "Hija de las Uvas y comenzaban a gustar más los cantos de caballería, que calarse la armadura":

"Una corriente, eso somos,
De sombras mágicas que vienen y van
Como la luna que vagando está
En la mitad de la noche sobre el cosmos".

Era 1388 y Timur a la edad de 53 años, era el amo de aquel extenso escenario de luchas, que había venido siendo el Asia Central. Su único título, con todo, era el de Emir, porque para ser Khan, era imprescindible la descendencia directa de Gengis Khan. Pero a él le honraban con otros títulos: "Emir Timur Gurigan Señor Timur - el Espléndido".

Toda empresa que persiguió, culminó con la victoria. Reyes y soberanos libres se convirtieron en sus tributarios. A la larga lista de vencidos se agregó la Orda Dorada, a la que terminó por aplastar definitivamente en otra campaña, con la ruina de su egregia capital Sarai y de todas las demás ciudades, que ennoblecían con su presencia poetas, filósofos, artistas y poderosos del comercio del mundo. Tras ellos sólo sobrevinieron fantasmas en sus ruinas, aves de rapiña y grandes túmulos de cabezas humanas, cortadas a todos aquéllos que osaron enfrentársele.

Embajadores de todos los grandes reinos del mundo desfilaron por las fastuosas cámaras de sus habituales residencias.

Los enviados papales no lograron conquistarlo. Permaneció devoto musulmán hasta cuando llegó la que siempre llega.

En 1402, una gran sombra se proyectó sobre el Asia. El conquistador de media Europa, Bayazid (Bayazeto el Rayo), pensó en Timur y se encaminó en su dirección para dirimir quien sería el amo del Asia. Musulmanes y cristianos, entre estos últimos el rey Pedro de Servia, se aglutinaron en un ejército inmenso, que no conocía la derrota. Concurrieron también a la cita válacos y griegos. Los contingentes de "spahis" y jenizaros constituían una fuerza tan respetable que nadie descartaba la derrota del tártaro. A más de su caballería pesada, los turcos disponían de una potente infantería efectiva en los asedios, a la defensiva y como excelente elemento de choque.

Cuando los turcos se enteraron de que Timur no rehuría el encuentro sino que marchaba en su busca, esto les agradó en extremo y declararon que tan grata nueva les ahorra grandes penalidades.

Cautelosamente, Timur concentraba todos sus efectivos disponibles y adoptaba las medidas indispensables para proteger su imperio y llevar como siempre la guerra fuera de sus fronteras. En su cuartel general, en Angora, se enteró Bayazeto de que el ejército tártaro se hallaba acampado en Sivas. Como sólo un camino corría al oeste de esta localidad, el turco confió en hallar a su contrincante en esta ciudad. En su busca cruzó el río Halis y penetró en la zona montañosa más al oriente. Sus exploradores le informaron que los tártaros sólo se hallaban a sesenta millas. Esta nueva influyó para que se detuviera en terreno favorable para aguardarle. Transcurrida menos de una semana, le llegaron noticias desconcertantes que le preocuparon un tanto. En Sivas, según sus informadores, sólo se hallaba concentrada una guarnición insignificante, como para mantener el orden. Lo que no supo y tal vez no le interesó comprender, era que los tártaros se habían movilizad a su encuentro.

Sus exploradores se adentraron en varias direcciones pero no dieron con las huellas de los tártaros. Inusitada para el turco era esta situación. Se mantuvo acuartelado en formación de combate en los barrancos del montañoso páramo, en el corazón del Halis, que nace más allá de Sivas y recorre una

extensa región en dirección sur, torciendo otra vez en el norte, casi a la vista de Angora, para ir a depositar su caudal en aguas del Mar Negro.

Al transcurrir el octavo día volvió a recibir noticias de los tártaros. Un regimiento de sus exploradores de avanzada se acercó repentinamente a su campamento, hizo algunos prisioneros y luego se evaporó. Para Bayazeto ya no hubo duda de que las huestes de Timur se hallaban al sur, y en esa dirección movió sus divisiones.

Sin embargo, para salir de dudas, resolvió despachar una columna de caballería al mando de su hijo Suleimán, un caudillo experimentado. Este regresó rápidamente para informarle que el Emir y sus gentes marchaban rápidamente hacia Angora, a sus espaldas. Esta nueva lo sacó de su apatía y se lanzó rápidamente sobre las pisadas del enemigo.

Lo que el caudillo tártaro había ejecutado era realmente sorprendente. Cuando había inspeccionado personalmente aquella región montañosa al oeste de Sivas, halló que el terreno era impropio para maniobrar su caballería, y entonces se encaminó hacia el sur, manteniéndose separado del adversario por el río Halis. En esta forma había ganado su recodo superior, mientras Bayazeto lo esperaba en el centro.

Dueño de las cosechas que estaban listas para su recolección y de pastos ricos y abundantes para sus caballos, había acampado en el poblado de Kuch Hissar, donde calmamente dialogaba con sus nietos y los aleccionaba en el arte de la guerra: "Hay dos caminos a seguir: podemos permanecer aquí para dar descanso a los caballos y salir a combatir a los coaligados cuando se presenten. O podemos continuar nuestra marcha, asolando el país y obligándolos a seguirnos. Como su ejército está conformado en su mayor parte por cuerpos de infantería, tanto movimiento los cansará. Tras una pausa prosiguió: esto es precisamente lo que haremos".

En forma fulgurante inició las maniobras y aprestos de lucha. Dejó una fuerte retaguardia en el pueblo; despachó hacia adelante una división de caballería con la orden de hacer alto en determinados lugares, para cavar hasta encontrar agua; sus avanzadas procedieron a recoger las cosechas, para ponerlas a disposición del cuerpo principal del ejército.

En su rápido maniobrar se dieron cuenta cabal de que el campamento principal de Bayazeto estaba en su camino, cerca de Angora. Fue entonces cuando forzaron su marcha, cubriendo cien millas que los separaba de este sitio, en sólo tres días.

A continuación el Emir se caló la armadura e inspeccionando los alrededores de la ciudad ordenó el asalto. Y cuando apareció más tarde lo que fue base principal de Bayazeto en el centro de una amplia planicie, que éste había abandonado voluntariamente, y que era muy apropiada a sus planes, ordenó a sus tropas ocuparla. En seguida procedió a hacer desviar el curso del río que entraba a la ciudad, para hacerlo llegar a sus nuevas posiciones. Un pequeño manantial que podría aprovechar el adversario, fue destruido y se corrompieron sus aguas. Por último decidió suspender el asalto contra Angora. Al llegar la noche atrincheró su campamento y prendió grandes hogueras. Escuadrones de caballería patrullaban en todas direcciones en previsión de una sorpresa. Pero nada ocurrió. Al día siguiente al amanecer se presentaron los turcos.

Llegaron fatigados tras recorrer una larga distancia, sin agua y desprovista de provisiones, pues la región había sido devastada por los tártaros.

Para el turco había sido fatal su desplazamiento hacia el este. Sus hombres agotados y sedientos, iban a enfrentarse, apoyados por una débil caballería, a la formidablemente pesada del Emir. A las diez de la mañana los turcos acometieron con el furor característico que hasta entonces había sido incontenible; pero la batalla estuvo perdida antes de que se desenvainara la primera espada. La crónica relata, que bajo un sol de fuego avanzaron los jinetes turcos en medio de un estrepitoso batir de tambores y el clamor ensordecedor de los címbalos. Los tártaros, en medio de un gran silencio, los esperaban impasibles. Sobre una pequeña altura el Emir, rodeado apenas de unos cuantos jinetes, cercano a la infantería y a la guardia de caballería de reserva, observaba el comienzo de las operaciones, que se desarrollaban bajo el mando directo de sus generales de división. Su nieto, el príncipe Muhammed, capitaneaba el centro con las huestes de Samarkanda y ochenta regimientos de caballería a las órdenes de coroneles de todas

las provincias del Asia. También se alineaban allí los elefantes cubiertos con sus gruesas albardas de cuero pintado.

Sobre la extrema derecha de los tártaros, Suleimán, el hijo de Bayazeto, lanzó una carga de caballería al frente de los jinetes del Asia Menor. Cuando se aproximaban fueron recibidos por una devastadora nube de flechas encendidas y balas de nafta ardiendo. Hombres y caballos caían precipitadamente entre cortinas de humo y polvo.

Mientras los turcos se desordenaban, la primera línea tártara cargó directamente y Nur - Ad - Din, el Emir más sobresaliente de Timur, marchaba a su frente, como prenda de garantía en el triunfo.

En la primera hora el ataque turco fue contenido y los tártaros emprendieron la ofensiva. Las tropas de Suleimán, batidas completamente, se quebrantaron y muchos de sus jinetes abandonaron el campo.

Algunos contingentes de tártaros del Asia Menor, al darse cuenta de que combatían contra sus hermanos de raza, defecionaron y se pasaron al campo de Timur.

Una vez que Nur - Ad - Din cumplió su misión en el ala derecha, la izquierda de caballería tártara irrumpió en las formaciones turcas y arrollando su débil caballería, fueron tan lejos, que el Emir Timur los perdió de vista.

En ese momento el príncipe Muhammed, su nieto, se acercó al abuelo, desmontó y arrojándose a sus plantas le suplicó que le permitiera lanzar el centro tártaro contra las masas de infantería turca. Timur no le otorgó su consentimiento y le ordenó, en cambio, ponerse al frente de los cuerpos de Samarkanda y de la división de los Bahatur y acudir inmediatamente en apoyo del ala izquierda que se había alejado demasiado.

Este, obediente y sumiso, enarboló su estandarte y salió al galope al frente de la flor del ejército tártaro. Cuando divisó el sitio del combate observó que los jinetes serbios del rey Pedro, metidos en sus cotas de malla, peleaban a muerte, junto a algunos grupos de infantes europeos, que defendían el terreno palmo a palmo. El refuerzo llegado cayó como un rayo sobre los valerosos europeos. Allí pereció gallardamente el rey Pedro, que nunca antes había faltado a la cita con la muerte. El príncipe Muhammed, gravemente herido, debió des-

montar, pero vio con orgullo y alegría, que la derecha turca había sido aniquilada hasta el último hombre.

En el centro de su gloriosa infantería, Bayazeto se sostenía sin apoyo alguno de jinetes, mientras la caballería tártara se cerraba a su alrededor, como pinza inexorable sedienta de sangre.

En ese momento, el Emir avanzó hacia el turco al frente de su centro que no había entrado en acción. Contempló, quien sabe con qué sentimientos, a la espléndida infantería turca; a los "Corps élite", los jenizaros, que impassibles como un muro viviente rodeaban al Sultán, sin haber descargado hasta entonces un solo golpe. "Su sentencia estaba escrita", dice la crónica: su situación desesperada; su emperador impotente ante la hábil maniobra del gran ajedrecista asiático. Parece que entonces reinó un gran silencio. Algunos cuerpos de la retaguardia turca escaparon mientras la salida estuvo aún abierta.

El orgulloso turco, nunca antes vencido, pudo apreciar cómo los elefantes pasaban arrollándolo todo, mientras que de sus lomos acorazados era lanzado fuego líquido. Los fugitivos agotados y sedientos perecieron en su gran mayoría. Sobre la infantería turca se había desencadenado un infierno de flechas, lanzas y espadas. Bayazeto, con un millar de jenizaros, se sostenía valientemente, esgrimiendo en sus manos un hacha de guerra. Como la "Vieja Guardia", que un día escribiría una página inmortal en Waterloo, estos nobles veteranos murieron con las armas en la mano. Con un puñado de ellos, Bayazeto trató de escapar, pero acosado por los rabiosos tártaros, sintió cómo su caballo se doblaba erizado de flechas. Fue atado de pies y manos y conducido ante el Emir, a la puesta del sol.

Reza la leyenda, pues la historia no se ha escrito aún, que en esos momentos Timur jugaba al ajedrez en su tienda con Sha Rukh, cuando entraron con el prisionero. Al contemplar al barbado turco, imponente aún en la desgracia, el tártaro se levantó y se dirigió a donde lo esperaba el infortunado prisionero, con una sonrisa que iluminaba su oscuro rostro. "Es de villanos, increpó Bayazeto, reír de aquél a quien Dios ha afligido".

No, replicó Timur, en voz alta: "Me río, de que Dios haya dado el dominio del mundo a un cojo como yo y no a un ciego como tú". Y luego agregó: "Es bien sabido, cuál hubiera sido mi destino de haber sido tú el vencedor". Bayazeto nada respondió. Timur ordenó que le fueran quitadas las ligaduras e hizo sentar al turco a su lado, en el pabellón. "El cautivo pidió que se buscara a sus hijos, y el vencedor ordenó que así se hiciera. Uno de ellos, Muza, fue traído prisionero; se le dieron ropas adecuadas a su rango y se le sentó junto a su padre. Otro, quien pereció en la batalla, no fue encontrado. Los restantes habían logrado escapar".

Los cronistas e historiadores no han logrado ponerse de acuerdo sobre este hecho tan lleno de dramatismo y colorido. Marlowe, que escribió su obra "Tamerlán el Grande", afirma en ella que Bayazid fue metido en una jaula y exhibido como un animal. En uno de sus versos, dice el poeta: "El hijo de Osmán cayó en manos del tártaro y como pájaro en jaula fue confinado". Esta afirmación sólo tiene por base un relato de Ibn Arabeshah. Otro autor, Herbedt Adams Gibbons, explica que la mencionada jaula fue probablemente una litera con barras. Al parecer, Timur trato a su prisionero con cortesía. Pero le infirió mortal agravio en el festival celebrado después de la victoria.

Algunos fugitivos que lograron escapar fueron perseguidos hasta el mar. La capital del reino fue tomada por asalto, sin mayor resistencia. El tesoro del Sultán, junto con sus esclavas, que eran tan numerosas como bellas, fueron remitidos a Timur. La crónica hace hincapié en que estas mujeres eran todas artistas de la música y de la danza.

En el festín de la victoria los tártaros se embriagaron con el vino y los besos de las mujeres de Europa. Cerca de Timur, llevado quizás contra su voluntad, Bayazeto presenció el espectáculo, cubierto con su enojado turbante y sosteniendo en la mano la vara de oro, símbolo de sus conquistas. Nada quiso probar ni beber, pero ante sus ojos desfilaron las bellísimas mujeres completamente desnudas. Entre ellas, fulgía por su belleza sin par y soberana, su favorita, doncella cristiana hermana del desaparecido rey Pedro de Servia. Sentado, impassible y mudo, debió ver, por entre las nubes de humo de incienso, desfilar las alabastrinas figuras de las mujeres

que él había estrechado en sus brazos. Ellas, semejaban ninfas arrancadas de los jardines de las ciudades conquistadas. Estaban presentes las morenas de Armenia, las rubias circasianas, las opulentas bellezas de Rusia y las doncellas de ojos claros de Grecia. Desfilaron con ojos asombrados, que nunca se habían posado sobre seres y cosas, fuera del harem.

Curiosos, burlones e insolentes se detenían en ellas los ojos de los señores del Asia, que de vez en cuando observaban las reacciones que pudiera mostrar Bayazeto. Pero éste, inmóvil y presa de mortal congoja, pidió al Emir, que le permitiera volver a su habitación, lo cual le fue concedido. ¿Sería esta una venganza de Timur para dobligar su soberbia? Nadie, ni el vencido sultán, lo sabría jamás. A intervalos tronaban los tambores de guerra y se escuchaban los sonidos estridentes y salvajes de los caramillos con sus notas agudas, que casi apagaban el canto de victoria de los trovadores de la estepa.

Pocos meses después, afirman algunos historiadores, murió el cautivo Bayazeto bajo el peso, seguramente, del infinito dolor que lo venía consumiendo después de la derrota. Nada pudo retardar su final; ni la presencia y compañía de su joven favorita, que junto con una carta le había hecho llegar Timur.

Después de cerrar esta página, hermosa, pero terrible, y tan digna del refinado oriente, sobre toda el Asia se extendió una paz absoluta y medrosa, que todos los comentaristas del mundo acordaron designar, como la "paz tartárica".

No hubo más batallas, porque en el mundo dobligado, miles de huesos blanqueaban en las ruinas de las ciudades y en las llanuras y desiertos.

El sueño que se tejió en la infancia de este hombre singular, se había convertido en realidad. La utopía había dejado de ser: Un campamento, una magnífica ciudad y un hermoso jardín, habían colmado el mundo que había imaginado de niño en los bosquecillos de la "Ciudad Verde".

Gran señor, como siempre, aceptó el final de sus días sin conmovirse. Impasible, contempló por última vez, que a su alrededor desfilaron, rindiéndole juramento de lealtad, todos los grandes señores del reino. Pero ya casi no los pudo escuchar. Se limitó a decir muy plácidamente: "Nada deseo; sólo me habría gustado hablar con Sha Rukn, por última vez; pero es imposible. La última audiencia ha terminado. Dios proveerá".